

LUCY ADLINGTON

Dentro de Auschwitz se encuentra un taller de costura como ningún otro

LA CINTA ROJA



LUCY ADLINGTON

LA CINTA ROJA

Traducción de Santiago del Rey

Título original: *The Red Ribbon*

© Lucy Adlington, 2017

© por la traducción, Santiago del Rey, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2020

ISBN: 978-84-670-2875-1

Depósito legal: B. 13.412-2020

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rodesa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Éramos cuatro: Rose, Ella, Mina y Carla.

En otra vida, tal vez habríamos sido todas amigas.

Pero aquello era Birchwood.

Costaba muchísimo correr con aquellos absurdos zapatos de madera. El barro era denso como la melaza. La mujer que iba detrás de mí tenía el mismo problema. Se le atasca-
ba uno de sus zapatos y se rezagaba. Mejor. Yo quería llegar primera.

¿Qué edificio era? Imposible pedir más indicaciones. Todas las demás corrían también como un rebaño de animales en estampida. ¿Allí? No, aquí. Éste. Me detuve en seco. La mujer de detrás casi chocó conmigo. Ambas miramos el edificio. Tenía que ser allí. ¿Debíamos llamar a la puerta? ¿Llegábamos demasiado tarde?

«Por favor, que no sea demasiado tarde.»

Me alcé de puntillas y atisé a través de una ventanita alta situada a un lado de la puerta. No veía gran cosa; prácticamente sólo mi propio reflejo. Me pellizqué las mejillas para tener un poco de color y pensé que me gustaría ser mayor para darme un toque de carmín. Al menos, la hin-

chazón que tenía alrededor del ojo casi había bajado del todo, aunque el cardenal amarillo verdoso aún seguía ahí. Veía con claridad, eso era lo importante. Una espesa mata de pelo me habría servido para ocultar lo demás. Pero, en fin, hay que arreglárselas con lo que tienes.

—¿Llegamos demasiado tarde? —me dijo la mujer jadeando—. He perdido un zapato en el barro.

Cuando llamé, la puerta se abrió casi en el acto, lo que nos sobresaltó a las dos.

—Llegáis tarde —nos soltó la joven que apareció en el umbral, que nos miró de arriba abajo con dureza.

Yo le devolví la mirada. Ya llevaba tres semanas lejos de casa y aún no había aprendido a bajar la cabeza, por muchos golpes que recibiera. Esa chica prepotente —no mucho mayor que yo, en realidad— tenía una cara angulosa, con una nariz tan afilada que habría servido para cortar queso. A mí siempre me ha gustado el queso. El que encuentras desmenuzado en las ensaladas, o el queso cremoso, que está tan rico con pan recién hecho, o ese otro tan fuerte, con la corteza verde, que a las personas mayores les gusta comer con galletitas saladas...

—¡No os quedéis ahí! —dijo Caraafilada frunciendo el ceño—. ¡Entrad! ¡Limpiaos los zapatos! ¡No toquéis nada!

Entramos. Lo había logrado. Ya estaba allí..., en el pomposamente llamado Estudio de Alta Costura, también conocido como «taller de costura». Para mí, el paraíso. En cuanto me enteré de que había un puesto vacante, supe que debía conseguirlo.

En el interior del taller conté unas veinte cabezas inclinadas sobre las ruidosas máquinas de coser, como personajes de cuento atrapados en un hechizo. Estaban todas

limpias, eso lo noté de entrada. Llevaban unos sencillos monos marrones, mucho más bonitos que esa especie de saco que se me escurría de los hombros, desde luego. Había mesas con el tablero gastado y blancuzco cubierto de patrones e hilos. En un rincón, los estantes de las telas mostraban un despliegue de color tan inesperado que parpadeé asombrada. En otro rincón había un grupo de maniquís de sastrería sin brazos ni cabeza. Se oía el siseo y el golpeteo de una pesada plancha y se veían motas de pelusa flotando en el aire como insectos perezosos.

Nadie alzó la vista de su labor. Todas cosían como si les fuera la vida en ello.

—¡Tijeras! —gritó alguien.

La trabajadora de la máquina más cercana ni siquiera hizo una pausa: siguió dándole al pedal y deslizó la tela bajo la aguja incluso mientras extendía una mano para recibir las tijeras. Observé cómo pasaban de mano en mano a lo largo de la mesa hasta llegar a las suyas y cómo luego —clac— entraban en contacto con un pedazo de *tweed* de color verde bosque.

La chica de cara afilada que había abierto la puerta chasqueó los dedos ante mis narices.

—¡Presta atención! Me llamo Mina. Yo soy la que manda aquí. La Jefa, ¿entendido?

Asentí. La mujer que había entrado conmigo se limitó a pestañear y a arrastrar sus pies calzados con un solo zapato. Era bastante mayor —unos veinticinco años—, y más nerviosa que un conejo. La piel de conejo es muy buena para hacer guantes. Yo tuve una vez unas zapatillas ribeteadas con ese tipo de piel. Eran muy calentitas. No sabía lo que le había ocurrido al conejo. Supongo que acabó en una cazuela...

¡Zas! Me sacudí el recuerdo. Había que centrarse.

—Escucha con atención —me ordenó Mina—. No te lo volveré a repetir y...

¡Bum! La puerta volvió a abrirse. Junto con una ráfaga de viento primaveral, entró en el taller otra chica, de hombros encorvados y mejillas redondeadas: como una ardilla que acabara de desenterrar un montón de nueces.

—Lo siento mucho...

La recién llegada sonrió tímidamente y se miró los zapatos. Yo también los miré. Debía de haberse dado cuenta de que estaban desparejados..., ¿no? Uno de ellos era una zapatilla de satén de un verde deslucido con una hebilla metálica; el otro, un zapato de cuero calado con los cordones rotos. A todas nos habían dado unos zapatos al azar cuando nos habían equipado por primera vez... ¿Esa ardillita no había sabido ingeniárselas para agenciarse un par decente? Me percaté a primera vista de que aquella chica iba a ser una nulidad. Su acento era tremendamente... finolis.

—Llego tarde —comentó.

—No me digas —repuso Mina—. Al parecer, hay entre nosotras toda una «dama». ¡Qué amable de su parte que se haya sumado a nuestra reunión, madame! ¿Qué puedo hacer para servirla?

—Me han dicho que había una vacante en el Estudio de Alta Costura —respondió Ardilla—. Que necesitas buenas trabajadoras.

—¡Pues claro que sí, maldita sea! Pero auténticas costureras, no damiselas de pitiminí. Tú pareces una ricachona que se ha pasado la vida sentada sobre un cojín bordando bolsitas de lavanda y otras frivolidades. ¿Me equivoco?

Ardilla no parecía ofenderse por mucho que Mina se mofara de ella.

—Sé bordar —afirmó.

—Tú harás lo que yo diga —replicó Mina—. ¿Número?

Ardilla se puso firme con elegancia. ¿Cómo se las arreglaba para parecer tan distinguida con aquellos zapatos desparejados? Desde luego, no era el tipo de chica con la que yo me relacionaría normalmente. Y ella debía de pensar lo mismo. Aunque fuese tan mal vestida como yo, seguro que debía de considerarme demasiado vulgar. Por debajo de ella.

Ardilla recitó su número con perfecta dicción. Allí no teníamos nombres, sólo números. Coneja y yo recitamos de carrerilla los nuestros. Coneja tartamudeaba un poco.

Mina se sorbió la nariz.

—¡Tú! —dijo señalando a esta última—. ¿Qué sabes hacer?

Coneja se estremeció.

—Yo..., coso.

—¡Serás idiota! Pues claro que coses; si no, no estarías aquí. No he hecho un llamamiento para conseguir costureras que no sepan coser, ¿verdad? ¡Esto no es una excusa para escaquearse de los trabajos más duros! ¿Eres buena?

—Yo..., yo cosía en casa. Las ropas de mis hijos. —Su cara se arrugó como un pañuelo usado.

—Ay, Dios. No me digas que vas a llorar, ¿eh? No soporto a las quejicas. Y tú... ¿qué? —Mina me miró con aire furibundo. Yo me encogí como una muselina bajo una plancha demasiado caliente—. ¿Eres siquiera lo bastante mayor para estar aquí? —preguntó burlona.

—Dieciséis —apuntó Ardilla inesperadamente—. Tiene dieciséis. Lo ha dicho antes.

—No te preguntaba a ti; se lo pregunto a ella.

Tragué saliva. Dieciséis era el número mágico. Si tenías menos, eras una inútil.

—Mmm..., tiene razón. Tengo dieciséis.

Bueno, los tendría... Con el tiempo.

Mina soltó un bufido.

—Y déjame adivinar... Has hecho vestidos de muñecas y sabes coser más o menos un botón cuando has acabado los deberes. ¡Por favor! ¿Para qué me hacen perder el tiempo con estas cretinas? No necesito a ninguna colegiala. ¡Fuera!

—No, espera, yo puedo servirte. Soy, eh...

—¿Qué? ¿Una niña de mamá? ¿La favorita de la maestra? ¿Una inútil redomada? —Mina empezó a alejarse, haciendo un gesto despectivo con los dedos.

¿Ya estaba? ¿Mi primera entrevista de trabajo... fracasada? ¡Qué desastre! Lo cual significaba volver a... ¿qué? En el mejor de los casos, a un puesto de sirvienta de cocina o de lavandera; en el peor, a un empleo en la cantera o... a quedarse sin ningún trabajo, que era lo peor que te podía ocurrir. «Ni lo pienses. ¡Concéntrate, Ella!»

Mi abuela, que tiene una máxima para cada ocasión, siempre dice: «En caso de duda, alza la barbilla, echa los hombros atrás y actúa con arrogancia». Así pues, me erguí en toda mi estatura, que era bastante elevada, inspiré hondo y declaré:

—¡Soy cortadora!

Mina volvió a mirarme.

—¿Tú..., cortadora?

Una cortadora era una costurera supercualificada que se encargaba de crear los patrones que luego se convertían en vestidos. Ninguna labor de costura, por buena que fuera, po-

día salvar una prenda confeccionada chapuceramente por una mala cortadora. Una buena cortadora valía su peso en oro. O, al menos, eso esperaba. A mí no me hacía falta oro. Sólo necesitaba conseguir ese puesto, costara lo que costase. Era el trabajo de mis sueños, en resumidas cuentas..., suponiendo que se pudieran tener sueños en un sitio como ése.

Hasta aquel momento, las demás trabajadoras no nos habían prestado la menor atención. Ahora intuí que lo habían estado escuchando todo. Sin saltarse una puntada, estaban esperando a ver qué ocurría.

—Sí, por supuesto —proseguí—. Soy diseñadora de patrones, cortadora y modista cualificada. Hago... mis propios diseños. Algún día tendré una tienda de ropa.

—¿Que algún día...? Ja, ja. Vaya chiste —se mofó Mina.

La mujer de la máquina más cercana intervino sin quitarse siquiera los alfileres de la boca.

—Necesitamos una buena cortadora desde que Rhoda se puso enferma y se fue —murmuró.

Mina asintió lentamente.

—Es cierto. Muy bien. Vamos a hacer lo siguiente. Tú, princesa, te encargarás de planchar y fregar. Esas manos tan suaves necesitan endurecerse.

—No soy ninguna princesa —repuso Ardilla.

—¡Muévete!

Luego Mina nos miró a Coneja y a mí de arriba abajo.

—En cuanto a vosotras, patéticas costureras de pega, podéis hacer una prueba. Os lo digo sin rodeos: sólo hay sitio para una de las dos. Sólo para una, ¿entendido? Y os sacaré de aquí a ambas si no estáis a la altura de mi criterio. Yo me formé en las mejores casas de costura.

—No te decepcionaré —declaré.

Mina cogió una prenda de un montón de ropa y se la arrojó a Coneja. Era una blusa de lino teñida con un refrescante tono verde menta que casi podías saborear en la lengua.

Con tono autoritario, dijo:

—Descóselas y ensánchala. Es para una clienta, la esposa de un oficial, que toma demasiada crema de leche y está más rolliza de lo que ella cree.

«Crema..., ¡ah, crema! Derramada sobre unas fresas con la mejor jarra floreada de mi abuela...»

Eché un vistazo a la etiqueta que había en el interior del cuello de la blusa. Mi corazón estuvo a punto de dejar de latir. Era el nombre de una de las firmas de costura más veneradas del mundo. El tipo de establecimiento a cuyos escaparates ni siquiera me atrevería a asomarme.

—En cuanto a ti... —Mina me puso un trozo de papel en la mano—, otra clienta, Carla, me ha pedido un vestido. Un modelo semiformal para un concierto o algo parecido que se va a celebrar este fin de semana. Aquí tienes las medidas. Apréndetelas de memoria y devuélveme el papel. Puedes utilizar el maniquí número 4. Coge la tela de allí.

—¿Qué...?

—Escoge algo que le siente bien a una rubia. Primero lávate en aquel fregadero y ponte un mono. En este taller, la limpieza es fundamental. No quiero ver marcas de dedos mugrientos en la tela, ni manchas de sangre o de polvo. ¿Entendido?

Asentí, haciendo un esfuerzo desesperado para no echarme a llorar.

El delgado labio de Mina se curvó.

—¿Te parezco muy severa? —Me miró entornando los

ojos e hizo una seña con la cabeza hacia el fondo del taller—. Pues recuerda quién hay en ese rincón.

Al final del taller había una figura oscura apoyada en la pared, arrancándose las cutículas de los dedos. Eché un vistazo y enseguida aparté la mirada.

—¿Y bien? —dijo Mina—. ¿A qué esperas? La primera prueba es a las cuatro.

—¿Quieres que haga un vestido a partir de cero para antes de las cuatro? Es...

—¿Demasiado duro? ¿Demasiado pronto? —se burló ella.

—Muy bien. Soy capaz de hacerlo.

—Pues adelante, colegiala. Y recuerda, estoy esperando que la pifies y hagas una chapuza.

—Me llamo Ella —repuse.

«Me trae sin cuidado», parecía decir su expresión impávida.

El fregadero del taller era de esos enormes de cerámica con vetas verdosas bajo la parte de los grifos que había goteado. El jabón apenas hacía espuma, pero era mejor que nada, que era lo que había tenido durante las últimas tres semanas. Incluso había una toalla —¡una toalla!— para secarse las manos. Ver salir del grifo agua limpia resultaba casi hipnótico.

Ardilla, que estaba detrás de mí esperando, dijo:

—Parece plata líquida, ¿verdad?

—¡Chist! —siseé frunciendo el ceño, pendiente de aquella figura oscura que seguía al fondo del taller.

Tardé un buen rato en lavarme. Ardilla podía esperar.

Aunque yo no fuera tan finolis como ella, sabía lo importante que era estar limpia y presentable. La apariencia es básica. Cuando yo era niña, mi abuela chasqueaba los labios si me veía aparecer con las manos sucias y las uñas mugrientas, e incluso con una sombra de suciedad en los rincones más ocultos. «¡Podrías sembrar patatas detrás de las orejas!», decía si yo no me las había restregado a fondo.

«Con manos limpias, labores limpias» era otro de sus lemas. También solía musitar: «Sin despilfarros no hay penurias». Y si había ocurrido algo moderadamente malo, se encogía de hombros y exclamaba: «¡Mejor esto que un sopapo en la cara con un arenque ahumado!».

A mí nunca me habían entusiasmado los arenques, sobre todo porque después la casa apestaba a pescado durante días, y, además, siempre tenían espinas, incluso cuando la abuela decía: «No te preocupes, no hay espinas». No fallaba: empezabas a comerte la carne y te atragantabas con una de aquellas largas espinas que te pinchaban el fondo de la garganta. Entonces tenías que taparte con la servilleta para quitártela sin dar asco a los demás comensales. Y luego la dejabas en un lado del plato y procurabas no mirarla durante el resto de la comida, aunque sabías perfectamente que estaba ahí.

Desde que había llegado a Birchwood había decidido que sólo iba a ver las cosas que yo quisiera. Cada segundo de mis primeras tres semanas había resultado horrible: mucho peor que las espinas de un arenque. Yo me había convertido en una especie de gólem —una chica sin alma— a la que llevaban de aquí para allá a empujones y que se limitaba a esperar interminablemente, de pie o en cuclillas. No encontraba las palabras para preguntar qué era ese lu-

gar o qué sucedía allí. Aunque tampoco quería conocer las respuestas, en realidad. Ahora, en el taller de costura, volví a sentirme humana de golpe. Inspiré aquel aire más puro. «Olvídate de todo lo demás.» Si estrechaba la perspectiva de mi mente podía llegar a creer que no existía nada en el mundo salvo la tarea de hacer aquel vestido para mi cliente, Carla.

¿Por dónde empezar?

Una prueba a las cuatro. No era posible. No podía diseñarlo, cortarlo, prenderlo con alfileres, hilvanarlo, coserlo, plancharlo y terminarlo. Iba a pifiarla, como acababa de decir Mina. Iba a fracasar.

«No pienses en el fracaso —decía mi abuela—. Tú puedes hacer todo lo que te propongas. Todo. Salvo hacer pasteles. Los pasteles te salen horribles.»

Mientras estaba allí parada, al borde del pánico, noté unos ojos fijos en mí. Era Ardilla, desde la tabla de planchar. Seguramente se estaba riendo de mí. ¿Y por qué no iba a reírse?

Le di la espalda y caminé —clop, clop— con mis absurdos zapatos, demasiado grandes, hacia los estantes de las telas... Y enseguida me olvidé de todo, de Mina y de sus amenazas. Era una maravilla ver otros colores que no fuesen el marrón. Me había pasado tres semanas viendo sólo madera marrón, barro marrón y otros marrones demasiado horribles para mentarlos.

Ahora disponía de ríos enteros de tejido por los que mis dedos podían vadear. Mina había dicho que la tal Carla era rubia. Del alud marrón de Birchwood, surgió en mi mente el

verde: un color adecuado para las rubias. Revolví entre las piezas y los rollos de tela buscando el matiz ideal. Había terciopelo verde musgo. Gasa con lentejuelas plateadas del tono de la hierba a la luz de la luna. Algodón crujiente con hojas estampadas. Lazos de satén de un verde maduro iluminado... Y mi preferida: una seda esmeralda que se ondulaba como el agua fresca moteada por el reflejo de los árboles.

Ya veía el vestido que iba a hacer. Mis manos empezaron a trazar formas en el aire; mis dedos tocaban los hombros invisibles, las costuras, las nesgas de la falda. Miré a mi alrededor. Necesitaba muchas cosas. Una mesa. Papel y lápiz. Alfileres, tijeras, agujas, hilo, máquina de coser, el DESAYUNO... Oh, Dios, estaba hambrienta...

—Disculpa. —Le tiré de la manga a una chica delgada como un palillo que pasaba de largo—. ¿Podrías decirme dónde conseguir...?

—Chist —dijo ella, llevándose dos dedos a los labios y haciendo como si los cerrase con una cremallera. Tenía unas manos increíblemente delicadas, como las de un anuncio de esmalte de uñas, pero sin esmalte.

Abrí la boca para preguntar por qué estaba prohibido hablar, pero enseguida lo pensé mejor. La figura oscura del rincón no parecía estar mirando, ni siquiera escuchando, pero nunca se sabía...

La chica delgada —Jirafa, la llamé para mis adentros— me indicó que la siguiera a lo largo de la hilera de trabajadoras hasta el extremo de una mesa de caballetes. Me señaló un taburete vacío. En esa parte había otras tres mujeres sentadas, que se encogieron para hacerme sitio. Una de ellas era Coneja. Estaba dándole la vuelta nerviosamente a la blusa verde menta y examinando las costuras.

Me senté con mi tela de seda. Ahora debía dibujar un patrón. Una chica que estaba un poco más allá tenía un rollo de papel de patronaje y un lápiz grueso. Inspiré hondo y me levanté. Le indiqué por señas que quería el papel. La chica se erizó igual que..., igual que un erizo y se acercó aún más el papel. Yo puse la mano encima del rollo y tiré con fuerza. Erizo tiró por su lado. Volví a tirar y vencí. También le cogí el lápiz.

Mina estaba observando. ¿Eran imaginaciones mías o había sonreído? Me dirigió una leve inclinación, como diciendo: «Sí, así es como funcionan aquí las cosas».

Desplegué el papel. Era de color marrón, satinado por un lado y tenuemente rayado por el otro. El tipo de papel que solíamos usar para envolver salchichas. Hermosas y rollizas salchichas con trocitos de cebolla, o a veces salchichas con tomate que se ponían de un intenso color rojo en la sartén. O salchichas de hierbas, con albahaca y tomillo...

Me rugía el estómago.

Mi abuela siempre usaba papel de periódico para los patrones. Era capaz de dibujar en unos segundos un vestido o un traje completo en las páginas de la gaceta local. Luego lo iba recortando a través de los titulares, los anuncios de tónicos medicinales y las noticias del mercado de ganado. Con los patrones de mi abuela nunca hacía falta más que un ajuste. Yo, en cambio, debía entornar los ojos y hacer unas cuantas pasadas de prueba. Normalmente, la abuela vigilaba por encima de mi hombro mientras cortaba. Ahora estaba sola y oía en mi cabeza el tictac de un reloj. La primera prueba a las cuatro...

Bien. El patrón ya estaba dibujado.

—Eh —susurré a una de las mujeres que tenía encorvadas delante. Era ancha y rechoncha, de piel rugosa, así que la llamé Rana para mis adentros—. Guárdame algunos trozos de papel, ¿quieres? —le pedí.

Observé que Rana estaba poniendo ojales en un abrigo de lana de color manzana. El tipo de abrigo ideal para la primavera, cuando no sabes si hará fresco o no. Nosotros teníamos un manzano en el patio delantero de nuestra casa. Siempre parecía que los brotes tardaban una eternidad en florecer. Un año, las ramas estaban tan cargadas de fruta que se encorvaban igual que mi espalda cuando cosía. Preparábamos *crumble* de manzana salpicado de azúcar caramelizado, empanadillas de manzana con hojaldre e incluso sidra de manzana, que me daba hipo con sus burbujas. Cuando empezó la Guerra, uno de nuestros vecinos cortó el árbol para sacar leña. Decían que los de Nuestra Clase no necesitábamos árboles frutales.

—¿Papel? —dijo Rana, interrumpiendo mis pensamientos.

Eché un vistazo en derredor. ¿Estaba permitido guardar trozos de papel? Antes de acertar a responder, Rana hizo una mueca y se volvió para el otro lado.

Tragué saliva y dije «¡Tijeras!» con voz ronca. Y luego aún más fuerte:

—¡Tijeras!

Tal como había visto antes, un par de afiladas tijeras de costura pasó lentamente de mano en mano a lo largo de las mesas. Eran unas tijeras de acero bastante decentes. A la abuela le habrían parecido adecuadas.

Volví a tragar saliva.

—¿Alfileres?

Yo ya había reparado en la cajita de alfileres que Mina llevaba en un bolsillo de su mono. Ella se acercó y separó veinte. Le dije que necesitaría más.

—Mi abuela dice que sobre la seda es mejor ponerlos seguidos para que no se mueva.

—¿Vas a hacer el vestido de seda? —exclamó Mina como si acabara de firmar mi sentencia de muerte—. ¡No la destroces!

Se sorbió la nariz y se alejó. Yo la envidié. Tenía un taller lleno de mujeres que se desvivían para cumplir sus órdenes. Y, además, llevaba unos zapatos decentes, un vestido bastante bonito bajo el mono y carmín en los labios. Allí se la conocía como una «Prominente». Las Prominentes gozaban de privilegios y poder, simplemente el poder necesario para ejercer el mando sobre el resto de nosotras. Algunas de ellas procuraban ser justas. La mayoría disfrutaban actuando como matonas, igual que esas niñas del colegio que pensaban que aplastando a los demás eran mayores y mejores. En la naturaleza, si Mina hubiera sido un animal, habría sido un tiburón y todas nosotras, pececillos en su océano.

Los pececillos son devorados; los tiburones sobreviven. Era mejor ser un depredador que una presa, ¿no?

Los alfileres no eran del tipo adecuado, de esos diminutos que la abuela me había enseñado a usar para la seda, así que al final no me atreví a poner demasiados, por si resultaba que dejaban orificios. Las tijeras también me aterrorizaban. A mí normalmente me encanta el sonido de las ti-

jetas al cortar, así como el cosquilleo de excitación que lleva implícito. Pero esta vez sentía puro pánico. Una vez que se ha cortado la tela, ya no se pueden deshacer los cortes. Tienes que estar segura de dónde quieres que las relucientes hojas seccionen el tejido.

Puse las manos planas sobre la mesa hasta que dejaron de temblarme. Me había puesto de pie para cortar, pero las piernas me flaqueaban. La abuela prefería hacer el corte en el suelo, donde había más espacio. Pero yo no estaba segura de que las tablas del suelo del taller estuvieran lo bastante limpias para eso. Así pues, extendí la seda sobre la mesa, fijé el papel con alfileres, marqué las pinzas y los pliegues... y me dispuse a poner manos a la obra.

«Cuando empiezas a cortar, usa la parte media de las hojas de las tijeras y corta con golpes largos y regulares.» Ojalá fuera tan fácil. La tela se escabullía de mis manos como una culebra serpenteando entre la hierba tras un ratón. En el taller no había ratones: no había ni una miga para ellos. Tampoco había comida para nosotras. Sólo aire y pelusas, y algo de polvo.

Cuando terminé, Coneja miró mis tijeras. Sus manos avanzaron a hurtadillas hacia ellas. Yo me apresuré a volver a cogerlas y me puse a cortar hilos sueltos imaginarios. Coneja tragó saliva y susurró:

—Por favor, ¿puedo...?

Fingí no oírla. No sé por qué. Cuando ya no pude entretenerme más, se las pasé.

«Gracias», dijo sólo con los labios, como si yo fuese la encarnación de la generosidad.

Me estremecí al verla cortar torpemente la blusa de alta

costura. Tenía un cuello de encaje blanco sobre la tela verde, como flores de perifollo en un seto.

Supuse que debía de ser mediodía cuando terminé de cortar y ensamblar las piezas del vestido. No había almuerzo en Birchwood, así que no había nada que marcara la mitad del día. Cuando había trabajado al aire libre, sabía que era mediodía simplemente porque el sol estaba en lo más alto y apretaba más. Ése era el punto intermedio entre el desayuno y la cena. Ahora, en el taller de costura, donde no había reloj, el tiempo estaba puntuado por el chasquido de las tijeras sobre el tablero de madera, por el suspiro del hilo al atravesar la tela con la aguja y por el zumbido incansable de las máquinas. De vez en cuando sonaba un tintineo metálico en el suelo y Mina gritaba: «¡Alfiler!». Las trabajadoras, a sus espaldas, ponían los ojos en blanco y la imitaban en son de mofa como en un eco silencioso: «¡Alfiler! ¡Alfiler!».

La figura oscura del fondo apenas se movía. Debía de haberse quedado dormida.

De repente, Mina apareció a mi lado.

—¿Has acabado, colegiala?

—Ya está todo hilvanado y listo para coser —dije.

Mina me señaló una máquina. A mí me temblaban las manos mientras colocaba el carrete y enhebraba la aguja. «La primera prueba a las cuatro...»

Coloqué los pies sobre el pedal, preparada para ponerlo todo en marcha. La aguja empezó a subir y a bajar... ¡demasiado rápido! El hilo se enredó. Se me pusieron coloradas las mejillas. Pero no se había producido ningún daño, todavía no.

Volví a intentarlo. Mejor. Comprobé la tensión del hilo, hice unos ajustes, inspiré profundamente y empecé a coser.

Era un sonido familiar: el traqueteo de todas esas piezas de metal moviéndose a la vez. Una parte de mí se sintió trasladada al cuarto de costura que la abuela tenía en casa. Ojalá hubiera sido tan fácil volver allí. Mientras ella trabajaba, yo jugaba en el suelo, recogiendo alfileres y trocitos de hilo. La abuela llamaba *Betty* a su máquina de coser. *Betty* era vieja. Toda una obra de arte. Estaba decorada con esmalte negro y dibujos dorados, y el nombre de la abuela figuraba grabado en su superficie. Ella le daba al pedal con sus zapatillas favoritas de piel de topo, cortadas por delante para que pudieran asomar sus pies hinchados. Y, cuando cosía, era como si la tela se guiara por sí sola en línea recta hacia la aguja. Yo aún no tenía ese toque mágico. Ni a la abuela a mi lado para ayudarme.

Se me cayó sobre la seda una lágrima, que le dio al verde un tono oscuro y venenoso. Me sorbí la nariz. No tenía pañuelo. Ése no era un momento adecuado para los recuerdos. Mejor centrarse en coser: una costura, una pinza cada vez. Primero las piezas del corpiño; luego las piezas de la falda, las mangas y las hombreras,

Después de cada costura, me levantaba de la máquina e iba a la tabla de planchar, donde estaba Ardilla. El planchado repetido es el secreto de una prenda bien hecha; hasta una principiante sabe eso. La plancha del taller tenía un largo cable que colgaba del techo. Yo rezaba para que no chamuscara o frunciera la seda, sobre todo porque Ar-

dilla no parecía saber muy bien lo que se hacía. Seguramente no había hecho labores domésticas en su vida.

Ardilla me miró compungida y negó con la cabeza. Luego contestó de igual forma: «La plancha pesa mucho. Y quema».

Yo respondí con fingida sorpresa: «¿Quién lo habría dicho?».

Ardilla tendió las manos hacia mi tela. Escupió en la plancha para ver lo caliente que estaba y la saliva crepitó hasta evaporarse. Ella bajó el termostato. Cuando empezó a plancharme las piezas, lo hizo con extraordinaria delicadeza y eficiencia.

Yo le dije sólo con los labios: «Gracias».

Ella extendió la palma de la mano como para que le pagase; luego soltó una risita y me miró a la cara.

—Era broma. Me llamo Rose —susurró.

Oír un nombre, en vez de un número, fue como tirar de la cinta de un lazo para desenvolver un precioso regalo.

—Yo, Ella.

—No soy una princesa, en realidad.

—Yo tampoco.

—Sólo condesa —añadió sonriendo.

Mina carraspeó. Había que volver al trabajo.

De vez en cuando observaba a hurtadillas a Coneja. Estaba concentrada cosiendo, con todo el cuerpo encorvado. Ay, Dios..., ¿es que no se había dado cuenta? Había descosido bien la prenda, pero luego había hilvanado las mangas al revés. Ahora se doblaban extrañamente, como si su propietaria tuviera los brazos rotos.

—¡Eh! —Yo no sabía su nombre (y probablemente no respondería por Coneja)—. Eh, tú.

Ella alzó la mirada.

Y entonces caí en la cuenta. Recordé la advertencia de Mina: «Sólo hay sitio para una de las dos».

Tenía que ser yo. No pensaba escarbar en el barro como las demás, convertida en una chica anónima más. Yo tenía conocimientos. Talento. Ambición. ¿Acaso no merecía un trabajo decente y una oportunidad de ascender? La abuela no habría querido que me viniera abajo. Me estaría esperando en casa. Debía sobrevivir y progresar. Coneja habría de arreglárselas por sí sola. Así que aparté la mirada de la blusa contrahecha y negué con la cabeza: «No, nada».

Mientras ella seguía arruinando su trabajo, yo me hice planchar el plisado de mi vestido, puse una cremallera lateral y empecé a coser a mano el cuello más esmerado del mundo. La cabeza se me caía. Habría sido tan fácil cerrar los ojos y echar un sueñecito. ¿Cuándo era la última vez que había dormido como era debido? Hacía más de tres semanas. A lo mejor una cabezadita no me iría mal...

¡Eh! Alguien me despertó de un empujón. ¿Cuánto tiempo había dormido? ¿Un minuto? ¿Cien años? Miré alrededor. Rose, Ardilla, estaba pasando por mi lado y me dijo sólo con los labios: «Casi las cuatro».

¡Casi las cuatro! Me apresuré a moverme otra vez. Aún estaba quitando el hilvanado cuando se acercó Mina.

—Bueno, señoras, ¿cómo ha ido su primer, y seguramente último, día de trabajo? A ver, enséñame el vestido, colegiala.

Yo lo sacudí y se lo tendí. Era un desastre. Un harapo.

Un trapo de cocina. El peor vestido confeccionado en toda la historia de la costura. Noté que las demás trabajadoras estaban observando la escena. No podía respirar.

Sin decir palabra, Mina examinó cada centímetro de seda esmeralda. Luego alzó y sacudió el vestido y la tela centelleó.

—Vaya, vaya —habló al fin—. Sabes coser. Bastante bien. Y sé lo que me digo. Yo me formé en las mejores casas de costura.

Chasqueó los dedos para reclamar la blusa. Coneja estaba tan rígida de miedo que sus manos a duras penas lograron desplegar la prenda. Se dio cuenta de su terrible error exactamente al mismo tiempo que Mina.

—Lo siento, lo siento —se disculpó espantada—. Ya lo sé..., las mangas..., están al revés... Las puedo arreglar. No volverá a ocurrir, lo juro. Déjame quedarme, por favor.

La voz de Mina sonó ronca y amenazadora:

—Ya te he dicho cómo era la cosa: sólo hay sitio para una de vosotras. ¿No es así, colegiala?

A mí el corazón me martilleaba en el pecho. Quería decir que había sido sólo un accidente; la mujer estaba cansada, nerviosa, no en las mejores condiciones. Las palabras, sin embargo, se me atascaron en la garganta, como te sucede en un sueño cuando quieres pedir socorro. Sentí una oleada de vergüenza por dentro, pero permanecí en silencio.

—Ha sido un accidente —dijo alguien tímidamente—. Dice que no volverá a ocurrir. —Ardilla apareció justo detrás de Mina; menuda, expectante, lista para salir corriendo.

Mina ignoró a Rose, como si sólo hubiera oído el chillido de un roedor.

—¡Fuera de aquí, idiota! —le gritó a Coneja—. ¿O voy a tener que sacarte yo? —Alzó la mano y dio un paso hacia ella. La oscura figura del fondo se removió y se irguió.

Blanca como una sábana, Coneja se escabulló hacia la puerta y desapareció. Nosotras nos limitamos a mirar, sintiéndonos medio a salvo en nuestro santuario.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Mina soltó un resoplido que parecía significar: «¿No os dais cuenta de lo difícil que es mi vida?».

Luego cogió mi vestido verde y se dirigió a otra puerta que quedaba al final del taller. Ése debía de ser el probador. Mi clienta, Carla, se probaría el vestido allí, y entonces sabría por fin si tenía un trabajo o no.

—¿Qué... qué le pasará a la mujer que acaba de salir? —le susurré a Rana.

Ella respondió sin levantar la vista del abrigo verde manzana:

—¿Quién sabe? Quizá lo mismo que a Rhoda, la que ocupaba el puesto que tú pretendes conseguir.

Esperé a que prosiguiera, pero Rana no dijo nada más; continuó dando una puntada tras otra. Mina salió del probador. Mis ojos la siguieron mientras ella, lenta y sinuosa como un tiburón, avanzaba entre las mesas hacia mí. Me levanté tan deprisa que derribé mi taburete.

—¡Los alfileres! —ordenó.

Me apresuré a cogerlos de la mesa y le devolví los veinte, después de contarlos. Mina se los guardó en su cajita. Luego recogió todos los restos de tela y de papel. Rana frunció el ceño: ahora ya no podría recuperar los trozos de papel que me había dejado. Me pregunté para qué los querría.

Mina me miró de arriba abajo. Hallarse bajo su escuti-

nio era como si te restregasen el alma con uno de aquellos estropajos verdes que se usan para fregar ollas y sartenes. Al fin, de mala gana, me sacó de mi angustia.

—La clienta dice que el vestido es encantador.

Me aflojé de golpe, aliviada.

—Como recompensa, me ha dado esto. Una de las ventajas de este trabajo: comida extra —dijo desenvolviendo un paquete de papel. Contenía una rebanada de pan negro duro untada con una roñosa capa de margarina. Venía a ser el doble de la ración habitual de la cena.

—Eh..., gracias, no tengo hambre. —Increíblemente, descubrí que estaba demasiado alterada por dentro para comer.

—¡Mentirosa! Te has tomado..., ¿qué?, una taza de café aguado marrón para desayunar, y te darán una taza de sopa aguada marrón para cenar. Estás lo bastante hambrienta como para superar un estúpido remordimiento de conciencia a cuenta de esa chapucera alelada a la que acabo de echar. Lo bastante hambrienta para hacer lo que sea necesario con tal de sobrevivir aquí. Créeme, es la única manera.

Ella sabía que yo había notado el error de Coneja. Sabía por qué me había callado. Y le parecía bien.

Acto seguido, se comió delante de mis narices la rebanada de pan entera y luego se chupó los dedos diciendo:

—Observa y aprende, Ella. Observa y aprende.

Si llegué a dormir un poco aquella noche fue para soñar con una serie de vestidos verdes que pasaban ondeando como en un desfile de maravillas.

La gente se ríe de la moda. «Es sólo ropa», afirman.

Vale. Sólo ropa. Pero ninguna de las personas a las que

había oído burlarse de la moda estaba desnuda en ese momento. Todas se habían vestido esa mañana escogiendo prendas que decían: «Eh, soy un próspero banquero». O: «Soy una madre atareada». O: «Soy un maestro cansado», «un soldado condecorado», «un pomposo juez», «una camarera descarada», «un camionero», «una enfermera». Y así podrías seguir interminablemente. Las ropas muestran quién eres, o quién quieres ser.

Quizá la gente dijera: «¿Por qué te tomas la ropa tan en serio, cuando hay cosas más importantes de las que preocuparse, como la Guerra?».

Ah, ya lo creo que me preocupaba la Guerra. La Guerra se interponía en todas las cosas. Fuera de allí, en el mundo real, yo había malgastado horas y horas haciendo cola en tiendas con las estanterías vacías. Y más horas aún escondida en un sótano cuando pasaban los bombarderos. Había soportado infinidad de boletines de noticias, y también a mi abuelo trazando frentes de batalla en un mapa clavado en la pared de la cocina. Había sabido con antelación que llegaría la Guerra: era de lo que venía hablando todo el mundo desde hacía meses. En el colegio, la habíamos estudiado en las clases de historia. La Guerra era algo que le pasaba a otra gente, lejos de donde vivíamos.

Y entonces llegó a mi país. A mi ciudad.

Había sido la Guerra la que me había llevado a Birchwood, conocido, en un idioma más duro, como Auschwitz-Birkenau.¹ El lugar al que todos llegan y del que nadie sale.

1. «Birkenau» significa en inglés birchwood («abedul», «madera de abedul»). (*N. del t.*)